

LOS CHILENOS

SI



EL PLEBISCITO

NO



LA INVISIBLE VICTORIA

(Los chilenos y el plebiscito) *

EUGENIO TIRONI

La oposición, con su campaña por el *No*, ha introducido cambios profundos en la sociedad chilena. La contienda política no deja ver que este país ya no es el mismo que el de hace apenas unos meses, y que ya no volverá a ser jamás el de antes, cualquiera sea el resultado del anunciado plebiscito.

Después de quince años, se ha reconstituido la ciudadanía. A la fecha, por lo menos 5 millones y medio de chilenos se han inscrito en los registros electorales. Son personas que han roto con la apatía y el escepticismo; que están resueltas a que el Estado los escuche; que, de seguro, están decididas también a defender su voz, si es necesario. Esto es obra de la oposición. Apostó a hacer del plebiscito una oportunidad para que los chilenos se pusieran de pie. Para ello se propuso —a pesar de todas las trabas administrativas— inscribir a los chilenos. Y lo está logrando.

Pero para lograrlo, la oposición ha tenido que vencer muchas de las resistencias psico-sociales que venían inhibiendo la participación política de los chilenos. ¿Cuáles son esas resistencias? Con esta pregunta en la mente, en la última semana de septiembre de 1987 realizamos un total de 11 "entrevistas colectivas focalizadas", en las que participaron 115 personas de todas las edades, de ambos sexos y de los estratos socio-económicos medio y bajo. Los siguientes son los principales hallazgos.

I. EL PUNTO DE PARTIDA

1. EL MIEDO

El miedo es un sentimiento que domina las conductas de los chilenos, y el que en gran parte de los casos explica la no participación en la vida política del país. Tiene orígenes múltiples y se expresa de maneras diferentes según las personas y su grupo social de pertenencia, pero nadie se escapa de su influjo. Se manifiesta, por ejemplo, en la resistencia de las personas a participar en los grupos, o a exponer sus opiniones una vez que se han incorporado a ellos. Es lo que las lleva a hablar de manera abstracta, a formular afirmaciones generales que no los comprometen directamente, o bien a opinar por medio de preguntas. Induce a referirse a los hechos y personas de manera alusiva, en especial en los grupos medios. Como dato curioso, téngase en cuenta que de las 110 personas que participaron en los grupos, *sólo una* mencionó a Allende: todos los demás se refirieron a él como "gobierno anterior", "antes", "el finado", etc.

El origen más directo del miedo es obviamente la inseguridad. En primer lugar, se siente que la emisión de determinadas opiniones y el desencadenamiento de determinadas acciones,

* Este artículo se basa en algunos de los resultados de una investigación con focus groups, que forma parte de un proyecto conjunto CED-IJET-SUR. En especial recoge las discusiones de un equipo compuesto por E. Weinstein, J. Martínez, C. Vergara, G. Campero, J.G. Valdés, M. Fernández y el autor. Tengo una deuda especial con G. Messner, psicóloga que participó en las reuniones con los grupos, y cuya habilidad para escucharlos significó una gran enseñanza.

convocan un peligro que —según lo asegura la experiencia— con certeza ocurrirá. Es la represión, que aparece como algo omnipresente, frente a lo cual las personas están totalmente inermes. Ella puede sobrevenir en la casa, en la calle, en el día o en la noche; puede tocarme a mí, a mi hijo, a mi pareja. Para los más pobres, es el sentimiento de sentirse permanentemente acosados por los carabineros (que “sacaron una personalidad que no tenían”), de ser objeto continuo de sospecha, al punto de que ir al centro de Santiago se ha convertido en un acto arriesgado. Los participantes en los grupos ciertamente magnificaron las ramificaciones y la potencia efectivas de la represión. Lo que se deriva de esto no es que sean “mentirosos”, sino que la experiencia del miedo a la represión ha terminado formando parte de la fantasía de los chilenos.

La inestabilidad (económica, especialmente), es otro factor de aguda inseguridad. En este caso, los individuos no logran identificar el contenido, el origen ni la inminencia de la amenaza, por lo cual el efecto debe ser catalogado como angustia¹. El descontento respecto a la situación económica es unánime. En los grupos medios (incluyendo su estrato más bajo, que hoy en día se confunde con la clase obrera), se suma a ese descontento el horror al vacío, a caer de nuevo, a perder otra vez la mínima estabilidad socio-económica que han logrado edificar. Las personas tienen la sensación de haber estado viviendo una transición perpetua —del 73 al 82; del 82 hasta ahora— lo que lleva a temer los cambios como posibles signos de nuevas inestabilidades.

Los grupos medios experimentan además un sordo temor ante la amenaza que ellos creen representan los pobladores. “Los pobres no aportan ni aspiran a nada: sólo delincuencia, prostitución, marihuaneros. En vez de trabajar, se aprovechan, flojean. Se dejan llevar; son manipulados por ciertos sectores políticos”. Estas opiniones fueron casi unánimes, incluyendo a jóvenes y universitarios. Una secretaria de 25 años, por ejemplo, que se declaraba de oposición, confesaba que “ahora que tengo un hijo, mi mayor inquietud es el vandalismo de los pobladores. Este será seguramente mayor cuando se vaya el gobierno militar: también entonces se va a necesitar a las FF.AA como resguardo de la ciudadanía”.

El recuerdo del gobierno de Allende y del golpe militar provocan también un extendido temor. Es un hecho que la gente asocia el 11 de septiembre del 73 a una pesadilla, no importa si lo justifican o no. Todo el mundo conoce las dimensiones que alcanzó la represión; la mayoría, incluso, la conoció de cerca (especialmente en los grupos populares). La represión, actual revive, en este sentido, ese recuerdo traumático. Y el período 70-73 es recordado, entonces, como el momento de éxtasis que precedió a la pesadilla posterior, lo que produce un juicio sumamente crítico: “La libertad se convirtió en libertinaje; se perdió el respeto por los profesionales, lo que produjo el caos en la economía; nadie estaba a la cabeza del país; no estábamos preparados para lo que quiso Allende: no hubo responsabilidad; el gobierno regalaba en vez de educar...”

Hay todavía otro miedo, el más incontrolable de todos, que proviene de personas que apoyan al régimen. Los grupos fueron constituidos a través de relaciones completamente ajenas al campo político de oposición y, sin embargo, el número de partidarios del gobierno que asistió fue más escaso que el porcentaje que revelan las encuestas. En cuatro de los 10 grupos tuvimos a personas abiertamente pro-gobiernistas, y sólo en uno de ellos este tipo de participante se plegó con naturalidad a la discusión. En otro grupo, la persona mantuvo una actitud agresiva permanente, que se expresó en una declarada indiferencia respecto a los temas que se conversaban y en el hecho de retirarse —cuando la sesión estaba a punto de terminar— al estimar que ya había cumplido su compromiso; en el tercero, la persona que defendió al

1 E. Lira y E. Weinstein, “Desempleo y daño psicológico”, *Revista Chilena de Psicología*, Vol. IV, No. 2, 1981, Santiago.

gobierno mostró tal signo de ansiedad, que no dejó de temblar en toda la sesión; y en el cuarto grupo, las personas favorables al gobierno se retiraron antes del primer cuarto de hora, cuando vieron que la discusión podía desembocar en temas políticos. Estas actitudes, así como su escasa asistencia a los grupos, revela la presencia de un segmento de la opinión (los partidarios del gobierno) que siente miedo de exponerse a una discusión política abierta. En ellos sigue vivo, por ponerlo así, el mismo pánico que los precipitó a entregar su apoyo al golpe de Estado.

En suma, el miedo y la angustia son fenómenos mucho más vivos y con raíces mucho más profundas de lo que se supone. No siempre se sabe cuál es el peligro, de dónde vendrá y cuándo ocurrirá, pero se sabe que existe y que, frente él, se está inerte. Se ha internalizado un sentimiento de vulnerabilidad, de debilidad personal, de angustia por no tener el control sobre la propia vida. *El miedo es la principal enfermedad de los chilenos. Este es el origen último de su inhibición a actuar. El miedo hace que las personas actúen contra su voluntad. Las apelaciones racionales a la conciencia, por lo tanto, son insuficientes y, a veces, hasta contraproducentes, pues generan más miedo y mayor inhibición.*

2. LA FRUSTRACION

Un elemento profundamente inhibitor en la vida de los chilenos, es la frustración. Entre ellos cunde la percepción de descontento frente a la situación que vive el país. Incluso quienes no comparten esta actitud, tienen que escudarse en argumentos tales como "estamos mejor que en 1973", o "los problemas de Chile se dan en todo el mundo, y en otros países son todavía peores". El sentimiento de frustración es muy extendido, y cubre también diferentes dimensiones.

La gente tiene una imagen idealizada de Chile (es bello, homogéneo, hospitalario, etc.: a esto volveremos más adelante), frente a lo cual la realidad del país les resulta altamente frustrante. La frase más recurrente (especialmente en los grupos populares) es que "éste es un país triste, que da pena, pues está sometido a una muerte lenta". En los grupos más politizados, la frustración se transforma en ajenidad: "Este país ya no es el nuestro: ha perdido su alegría, su fraternidad, su capacidad de alcanzar acuerdos, su alíveo, su virilidad, su dignidad". Y en los jóvenes, esta frustración general respecto al país se manifiesta también en una marcada idealización del pasado, de "los tiempos de Frei o de Alessandri, cuando no se notaban las diferencias sociales". En su imaginario, "la vida es ahora más difícil que en la época de nuestro padres", por lo que manifiestan el deseo de haber sido jóvenes en esos períodos.

Existe la percepción unánime de que este gobierno "ha acabado con la clase media, ya que sólo le importan los ricos y los pobres". Esto genera frustración, en primer lugar, entre los individuos de esa posición social: "La clase media está estancada; tengo el sentimiento de marcar el paso: no se avanza, y la vida se hace cada vez más difícil". Pero al mismo tiempo, provoca la frustración en los estratos populares, pues con la clase media se evapora también su propio horizonte de movilidad social: "No vemos por dónde surgir; no nos dejan trabajar; no hay futuro". El hecho de no tener un apoyo que les posibilite salir próximamente de su condición de pobres es quizás la mayor fuente de frustración en el medio popular.

La educación es otra fuente importante de frustración. Lo es en primer lugar para los padres, que tienen el sentimiento de hacer esfuerzos sobrehumanos para que sus hijos accedan a ella, sin que esto reditue en mayores posibilidades de mejoramiento de las condiciones de vida. En los sectores populares por sobre los 40 años (en especial mujeres), éste es uno de los temas dominantes: "Los niños me preguntan, ¿para qué estudiamos si sabemos que vamos a terminar en el POJH? La verdad es que no sé qué responderles. Una les da estudios a los niños

para que terminen en la casa. No hay trabajo para ellos; la juventud está postergada". Los jóvenes, por su parte, que han respondido relativamente a las expectativas de sus padres sacando sus estudios adelante, se ven frustrados al no obtener la recompensa que se les había prometido: movilidad social ascendente.

Pero la frustración de padres e hijos a propósito de la educación no queda aquí solamente: en cierta forma, ella se transforma además en frustración de los padres hacia los hijos, y viceversa. En efecto, los padres no logran ocultar un dejo de desilusión ya no respecto al sistema, sino a sus propios hijos, a quienes culpan de no haber obtenido mejores resultados escolares, de haber salido del liceo para vagabundear sin saber qué hacer, de caer en el alcoholismo, la drogadicción, las protestas y hasta la delincuencia: en este sentido, los adultos del estrato popular ven con desconcierto que sus hijos, que consiguieron una escolaridad que ellos ni se soñaron, ahora "no tienen deseos de vivir, están las ganas truncadas", "han tenido todas las oportunidades, y no las han aprovechado". Los hijos, por su parte, vuelcan su frustración en una culpabilización de sus padres, que les "vendieron" la idea de que la educación abría todas las puertas, para terminar, después de un esforzado y largo recorrido, en el vacío más absoluto.

La frustración es un sentimiento que emerge ante obstáculos que impiden satisfacer una necesidad ya constituida, y la emoción resultante es la rabia. En los chilenos, la frustración es consecuencia de la distancia entre la imagen idealizada del país, y la su realidad presente; también es efecto de la "falta de oportunidades" para la juventud que ha terminado su ciclo escolar; y en los grupos populares, consecuencia de lo que se percibe como el "fin de la clase media", esto es, el bloqueo de sus expectativas de movilidad social. *La frustración conduce a la hostilidad hacia la sociedad. Pero cuando el individuo no puede expresar su rabia y agresividad hacia afuera, la frustración conduce a la auto-culpabilización y auto-punición, o a su desplazamiento hacia otras personas del entorno.*

3. LA HUMILLACION

Este es un sentimiento que se experimenta con particular agudeza en el estrato bajo, en particular entre los menores de 40 años. Los allanamientos, por ejemplo, son un tipo de acontecimiento que gatilla este fenómeno: "Los militares se ríen mientras destruyen las cosas de la gente pobre. No actúan así en el barrio alto. No podemos alegrar. Los niños lloran y no podemos hacer nada: esto es lo más humillante".

El POJH es otra experiencia degradante para la gente. No es sólo ni principalmente la remuneración que se percibe; es sobre todo el hecho de que atenta contra la dignidad de las personas. En primer lugar —como señalaban las mujeres—, porque "el POJH ha puesto flojos a los hombres", lo que les incapacita también a futuro para cumplir con sus roles tradicionales. Y en segundo lugar, porque en el POJH "a uno lo tratan como animal y lo obligan a realizar trabajos denigrantes", vale decir, que no se compadecen con el estatus social que se auto-assigna quien lo realiza (la clásica *inconsistencia de estatus*).

En general, la política social del gobierno suscita un sentimiento de indignación. "Este es un gobierno que da, igual que los anteriores, pero que no ofrece posibilidades de surgir. Lo que hay que hacer es abrir fuentes de trabajo, no seguir dando: el pueblo sabrá lo que hace con lo que gana, quién sale adelante y quién no". Entre lo que da el gobierno, están las casas. Pero éstas aparecen ante la gente como otra humillación. De hecho, en dos grupos participaron personas que habían recibido casas en los últimos seis meses, y la opinión fue unánime: "Nos dieron estas casas, pero son una burla. Las construyeron con lo último. Porque somos pobres creen que jamás hemos vivido en una casa. Creen que no merecemos más, que no somos

dignos de algo mejor. Y a la larga, igual tenemos que pagarlas..."

Otra fuente de humillación, que genera un sentimiento muy grande de desamparo, es la situación laboral (y esto es válido también para las clases medias bajas). De partida está el hecho de que, como efecto de la cesantía, "uno tiene que trabajar en cualquier cosa, y no en su profesión". Pero lo más grave está en que "el trabajador no tiene garantías, no tiene derechos, lo pasan a llevar en todo"; como lo decía un obrero de aproximadamente 30 años, "en Chile están matando a la parte obrera".

Nadie les ayuda ni les puede ayudar: están totalmente desamparados. Ni el Estado ni la sociedad los respetan. Tampoco los protegen. No tienen derechos, o no tienen a quién apelar para defenderlos. Experimentan una extrema vulnerabilidad frente a un medio que los amenaza, los estigmatiza y los inferioriza. *La humillación deteriora la auto-estima de las personas y, con ello, su capacidad para actuar autónomamente. Esto es particularmente agudo en los hombres adultos, que arrastran consigo el sentimiento de haber sido desplazados de sus roles tradicionales por las mujeres y los jóvenes, en quienes recae hoy la defensa y expresión públicas de la dignidad familiar.*

4. IMPOTENCIA Y ESCEPTICISMO

La impotencia brota principalmente ante el abuso, frente al cual no se puede reclamar, ni acusar o denunciar; ni siquiera es posible darlo a conocer a los demás: esto mismo es peligroso, pues puede traer consigo represalias. Como lo decía un obrero joven, "frente a este tipo de situaciones, los chilenos nos quedamos como en el aire, no sabemos qué hacer frente al abuso".

La impotencia se vincula al temor: "Me dan ganas de protestar, pero mi marido ya estuvo relegado una vez: ¿qué pasaría ahora si me pescan a mí?" Este temor se ve amplificado por la percepción de que el riesgo que encierra cualquier acción contra el gobierno es desproporcionadamente alto: "Para protestar hay que estar dispuesto a todo. Uno puede morir o desaparecer: esto lo hemos visto. Hay que hacer algo, pero no podemos hacer nada".

En la impotencia opera también una suerte de *desesperanza aprendida*: en efecto, el hecho de haber desplegado en un momento los máximos esfuerzos para modificar una situación (como fue el caso de las protestas) sin conseguir el resultado deseado, desalienta de intentarlo de nuevo y ahonda la falta de confianza en los recursos propios: "No se puede hacer nada. No se gana nada con protestar".

El miedo y la impotencia conducen a conductas inhibitorias, lo que corrientemente se denomina apatía o despolitización. En este caso, el individuo trata de desentenderse del contexto social y político, así como de todo lo que le parezca peligroso y le provoque angustia, para tratar de adaptarse a las circunstancias específicas². Como lo señalará un trabajador de 28 años, "necesito fuerzas para vivir cada día. Sólo quiero vivir el presente y, si lo logro, dar cada día gracias a Dios"; o como lo afirmara agresivamente una joven de clase media, "no se puede vivir de ilusiones: yo sólo sé que hay que trabajar".

Como se indicó, la impotencia y la inhibición conducen a los individuos a eludir sus responsabilidades sociales y, en particular, a hacer el quite a iniciativas que puedan comprometer su posición en el grupo al que pertenecen. Se crea así una situación donde el futuro parece ser una molestia antes que una posibilidad, y donde cada persona trata de no tomar compromisos que arriesguen su precaria estabilidad. Cada uno trata, en estas circuns-

tancias, de no asumir riesgos, de fundirse en el grupo y privilegiar los procedimientos que aseguren su unidad. En este tipo de conductas puede estar presente un espíritu tolerante y antiautoritario, pero ellas encierran también una actitud de inhibición ante la innovación y la incertidumbre, que es propia de la impotencia.

Un ejemplo notable de lo anterior se encuentra en el siguiente diálogo que sostuvimos con jóvenes pobladores. Nuestro planteamiento fue el siguiente: "Si tú fueras el representante de los jóvenes ante un líder democrático que te pregunta 'qué quieren los jóvenes', ¿qué le pedirías?". Esta fue la respuesta del grupo: "Primero pediría las opiniones a todos los jóvenes; consultaría qué puedo hacer: qué harías tú, qué siente el otro, etc. Buscaría el respaldo de los jóvenes, pues no puedo hacerlo todo yo; buscaría que depositen confianza en mí. Entablaría un diálogo para buscar un consenso y ponernos de acuerdo para ejecutar diversas actividades. Trataría de organizar algo juntos; de formar un comité..." Volvimos a insistir acotando aun más el problema: "Si ocurriera que entre los jóvenes hay grupos que quieren cosas diferentes, ¿qué harías entonces?" Y respondieron: "Darles tiempo a todos; decirles a todos los grupos que sí. Ver la realidad e intereses de cada uno, pedirles informes, ver qué medidas se pueden tomar. Hay que respetar las opiniones de todos, incluso de la minoría. Hay que ponerse en el lugar de los otros, tener reuniones hasta integrar las posiciones, llegar a un acuerdo, a un acomodo".

Por último, la impotencia se manifiesta en la tendencia, que estuvo presente en todos los grupos (aunque es mayor en los jóvenes y en el estrato bajo), a magnificar la presencia, la fuerza y la imbatibilidad del gobierno. Esto quedó de manifiesto al momento de referirse a la represión y al control gubernamental ("aquí puede haber un micrófono"; "toda la prensa está controlada"; "los dirigentes opositores no pueden viajar por el país" o al plebiscito ("se necesitan 135 mil firmas para inscribir un partido"; "si gana el NO, Pinochet sigue por seis años"). Frente a una autoimagen individual y grupal deteriorada por efectos del sentimiento de vulnerabilidad, de las humillaciones, de los fracasos, del miedo, se procede entonces a sobredimensionar al adversario. En la fantasía, la omnipotencia del Estado es directamente proporcional a la impotencia de los grupos e individuos.

La impotencia surge ante la sensación de estar sometidos a un juego que es controlado desde arriba, y que será interrumpido en el momento mismo en que pudiera llegar a tener consecuencias. La impotencia es resultado también de la experiencia reiterada del fracaso; del saber que hasta los máximos esfuerzos son a la larga infructuosos. Se llega así al temor de que, para modificar la situación, hay que estar dispuesto a "dar la vida".

El conflicto entre el deseo de hacer algo y el miedo a los efectos de esa acción, desemboca en actitudes conformistas que son racionalizadas de diferentes maneras. Por ejemplo: *la idealización negativa*, en la cual una autoimagen individual y grupal deteriorada lleva a depositar en el adversario (en este caso, el gobierno) toda la potencia arrebatada, lo que excusa al individuo de emprender una acción política; *la reinterpretación de la experiencia*, que lleva a que la situación sea interpretada en términos que justifican la pasividad personal; *la disociación entre la experiencia colectiva y la individual*, que se traduce en una actitud crítica respecto a lo que pasa en el país, mientras se emite una opinión favorable respecto a la situación personal: en estas circunstancias, "no hay razón" para actuar en la esfera pública; por último está *la esperanza en un salvador* que sea capaz de hacer frente a un adversario omnipotente: el Papa, EE.UU., etc.

El *escepticismo* —especialmente vivo entre los jóvenes y en la "minoría activa" politizada— es el principal mecanismo de defensa al que conduce el sentimiento de impotencia. El escepticismo es total respecto de los mensajes y actos del gobierno, pero también hay incredulidad respecto a las elecciones libres y a que los resultados del plebiscito sean genuinos y valga la pena inscribirse en los registros electorales. Lo que impera es el

sentimiento de que "no se puede creer en nadie". En el pasado se creyó mucho y muchas veces: "La fe está agotada; sólo confío en mi esfuerzo". Esto mismo lleva a una mitificación melancólica del pasado: "Lo único que yo quisiera es que el mundo diera vueltas y volviera a ser como antes". *El escepticismo produce actitudes y conductas consistentes. Lo que se tiene entonces es una profecía autocumplida: estoy seguro de que nada va a resultar; entonces, nada hago y, por ello mismo, nada resulta. El mensaje tradicional de la oposición y la labor cotidiana de sus militantes, orientados por un propósito de denuncia del régimen, refuerza extraordinariamente este sentimiento paralizante.*

La impotencia y el escepticismo producen una tendencia al *retraimiento*—particularmente aguda también en los hombres jóvenes del estrato popular— que lleva a una total apatía respecto a la política. La gente se vuelca hacia dentro: "Voy del trabajo a la casa; ninguna otra cosa me interesa". Junto con esto, se depositan todas las expectativas personales en la familia, con una sensibilidad romántica: "Para ser feliz, me basta con el cariño de los míos". *El retraimiento lleva a la disociación entre la suerte de uno y la suerte de la colectividad, con lo cual se pierde todo interés en la participación política.*

II. EL PLEBISCITO COMO OPORTUNIDAD

Si todo lo anterior era el punto de partida, es evidente que los chilenos requieren de un proceso político en que vayan paulatinamente recuperando su capacidad de acción colectiva. El plebiscito convocado por el régimen militar era una circunstancia que la oposición podía aprovechar en este sentido. En otras palabras, el plebiscito debía ser convertido en un soporte para sacar a los chilenos del miedo, la impotencia y el escepticismo, y para ponerlos en movimiento en función de sus anhelos más profundos. ¿Cuáles son esos anhelos? La investigación a que se ha hecho referencia también entrega pistas al respecto.

1. LOS ANHELOS

Un anhelo básico de los chilenos es contar con un medio social en donde poder volcar sin miedo sus experiencias personales, en donde encontrar un respaldo afectivo, un sentimiento de unidad y trascendencia—algo de lo que le ha ofrecido la Iglesia en estos años—. Esta aspiración se vincula estrechamente a la demanda por instituciones que, junto con crear un sentido de comunidad, terminen con el abuso y acojan y protejan a los individuos, a todos por igual, sin importar su condición social. Frente al miedo y la angustia, por lo tanto, lo que experimentan los chilenos es una aguda necesidad de *seguridad*, esto es, de *compañía*, *protección* y *comunidad*. En ese sentido, lo que quieren escuchar de los liderazgos, más que una apelación o una proclama, es una invitación que diga "aquí todos son bienvenidos; aquí cada persona puede expresarse libremente".

En el plano socio-económico, la mayoría de los chilenos está aquejado por la frustración ante un sistema social que no satisface sus aspiraciones y con la expansión de la *clase media*, que representa el horizonte al que aspiran los grupos populares. Lo que ellos quieren, por tanto, no son más subsidios estatales contra la pobreza, sino que se abran nuevamente—y para ello el rol del Estado es inescapable— las oportunidades de ascenso social, lo que pasa en primer lugar por tener un lugar en el mercado de trabajo. Ahora, si las oportunidades propias se juzgan

escasas, esta expectativa se transfiere a los hijos: de aquí la importancia que se le asigna a la educación.

Por ya demasiados años, los chilenos se han sentido humillados por el poder político, y lo que hoy desean imperativamente es que el Estado les reconozca la *dignidad* que ellos han sabido proteger en el plano privado. La gente anhela ser tratada con respeto, no ser objeto de abusos por su condición social; ser escuchada con atención y cariño; que se la valore en el trabajo; que no se la aisle físicamente ni se la margine socialmente; que el Estado la provea de oportunidades y no se limite a mantenerla con subsidios. Los chilenos se saben dignos y capaces, pero necesitan que esto les sea reconocido por las autoridades y los políticos. Su exigencia es mínima, elemental: "Que aquí nadie abuse; que los líderes escuchen al pueblo"; todo el resto vendrá por añadidura.

En los chilenos subsiste el anhelo de *participación*, que es la otra cara del sentimiento de impotencia. Desean emitir opiniones que sean tomadas en cuenta, así como elegir a los gobernantes. No tienen un desinterés completo e irreversible respecto a los asuntos públicos: al contrario, disponen de mucha más información de la que se supone. La participación política acrecienta la dignidad personal: de allí que sea importante. Por esto mismo, la inmensa mayoría quiere un cambio de gobierno: "Catorce años es mucho tiempo; es mejor cambiar". Habiendo mínimas condiciones, por lo tanto, la gente desea participar en el plebiscito. Entre esas condiciones, la principal es que exista una oportunidad efectiva de ganar, lo que se asocia a la imagen de una oposición unida y confiable.

La gente desea tener otra vez *confianza*; terminar con el escepticismo que, saben muy bien, los destruye. Los militares no dan confianza: no importa lo que prometan o realicen ahora, la memoria los asocia automáticamente con la represión y el abuso. Pervive una imagen positiva de lo que fue la democracia (con la excepción del período 70-73), pero ella no es lo suficientemente fuerte como para proyectarse por sí sola. El anhelo de confianza apunta a la búsqueda de un liderazgo civil que crea en el pueblo, que escuche y se emocione, que actúe y no prometa, que sea práctico y competente, que se ponga a la cabeza diciendo: "Yo creo en ti, y el mundo entero está con nosotros". La confianza se gana con hechos y, en este sentido, la organización de un mecanismo que garantice el control de los resultados del plebiscito — por ejemplo— puede reducir drásticamente la incredulidad de los chilenos.

Aunque han tendido a retirarse del mundo social para resguardarse entre los muros de sus casas (el retraimiento), es evidente que la gente quiere intensamente *pertenecer* a Chile, y que Chile sea una nación respetable. Hay una imagen altamente positiva del país: su historia, su belleza natural, su hospitalidad... Este "orgullo nacional" es parte de la dignidad que cada persona se asigna a sí misma. Pero esa nación respetada y respetable no es la de hoy, sino la del pasado. Hay pues un anhelo de que Chile vuelva a ser como entonces, de volver a ser parte de esa nación en donde todos contribuían y que pertenecía a todos³.

2. LA APUESTA DEL NO

Los chilenos quieren cumplir con sus anhelos, pero dominados por la angustia, no se atreven a actuar. Quieren ponerse en acción, pero desconfían de sus propia fuerza para hacer frente

3 Esto mismo es lo que observó Jacobo Timerman en un libro notable que comienza así: "En todo momento del día, los chilenos hablan incesantemente de Chile. Aunque sus corazones arden de angustia, ansiedad y nostalgia, nunca paran de hablar de Chile... Se sienten que son los propietarios de este nombre, Chile. Y esta posesión los fortalece mucho más que cualquier ideología... Los gobernantes militares les han impedido vivir como seres humanos, pero no han sido capaces de impedirles sobrevivir como chilenos". (*Chile. Death in the south*. New York: Alfred A. Knopf, 1987).

a las adversidades; desean un cambio, pero tienen miedo a la inestabilidad que él puede provocar; sienten la necesidad de expresarse libremente, pero temen que esto termine con el orden público; quieren hacer algo, pero les aterroriza que ello desencadene una violencia que los destruya; necesitan líderes en quienes confiar, pero temen ser decepcionados; en fin, tienen necesidad de un futuro, pero los angustia la posibilidad de que éste reavive los traumas del pasado. La apatía o despolitización de los chilenos —de lo que se habla de ordinario— es la actitud que revela precisamente estos conflictos emocionales.

¿Puede el plebiscito superar esos conflictos y terminar con la apatía y despolitización de los chilenos? Sí; es la mejor oportunidad que se ha presentado desde 1973: ésta fue la apuesta de la oposición. A través de un evento multitudinario, cada uno tendrá la oportunidad de actuar mediante un voto que es secreto. Es una acción que implica un bajo riesgo, lo que permite vencer los efectos inhibitorios del miedo. Al mismo tiempo, crea la sensación individual de que "mi opinión es importante y va a ser tomada en cuenta"; de que, todos juntos, tenemos poder.

El plebiscito, en otros términos, es un tipo de evento que puede permitir a los chilenos salir del estado en que se encuentran, y actuar en función de sus anhelos. Obviamente no es de por sí garantía de democracia, pero ofreció a la oposición una "ventaja comparativa" que ella supo aprovechar: permitía unir los objetivos y conductas de un conglomerado heterogéneo en cuanto a sus motivaciones. La peor de todas las estrategias posibles era enfrentarlo como si fuera una elección abierta y competitiva, vale decir, con coaliciones, programas, candidatos, etc. Ante el dilema puesto por delante, bastaba con crear un movimiento nacional basado en los siguientes tres elementos: el objetivo, oponerse al continuismo del régimen; la promesa a los chilenos, realizar elecciones libres; la tarea, inscribirse y votar *No*.

El *No*, en suma, daba a la oposición una oportunidad inmejorable para crear la imagen de unidad que necesita para ganar. Como se mostró más arriba, la demanda de los chilenos por unidad no se orienta racionalmente por objetivos políticos, sino que refleja una necesidad subjetiva de auto-afirmación en una población sometida al miedo y a la impotencia. La unidad, por lo tanto, no es una cuestión de "programas" o "coaliciones", sino de una imagen en donde el pueblo chileno pueda mirarse para recuperar la confianza en sí mismo y en su poder.

Si la actitud ante el próximo plebiscito estuviese marcada por la queja, la denuncia, el escepticismo y la agresividad, entonces se estarían profundizando la dependencia, la impotencia y el miedo; esto es, los soportes psico-sociales de la apatía. Esta era la actitud atávica de los dirigentes y militantes de la oposición, profesionalizada después de tantos años en la denuncia. Tomar el plebiscito como una oportunidad para terminar con la apatía de los chilenos, suponía que esos dirigentes y militantes se convirtieran en los profetas de la esperanza, en los comunicadores de una *nueva actitud*: "el plebiscito es una oportunidad para afirmar la *dignidad* de los chilenos y para mostrar el *poder* del pueblo; la posibilidad de expresar la opinión en las urnas es ya una conquista del pueblo; hay que celebrar esta conquista inscribiéndose en los registros electorales; la ciudadanía impedirá cualquier intento de fraude; el plebiscito abrirá las puertas a las elecciones libres; estamos de nuevo todos juntos".

3. Y DESPUES DEL PLEBISCITO... ¿QUE?

En general, la oposición ha hecho suya esa *nueva actitud*. Por ejemplo, la desconfianza en el régimen hacía que la gente no se inscribiera, y esto mismo multiplicaba las posibilidades de triunfo de ese mismo régimen; frente a esto, la oposición ha podido dar seguridad en su capacidad para impedir el fraude en el plebiscito, haciéndolo ganar en credibilidad y

permitiéndole transformarse en un mecanismo institucional a través del cual los chilenos esperan resolver civilizadamente una contienda política que mantiene al país bloqueado. Imperceptiblemente, la política de la guerra se ve sobrepasada por la política del voto; las élites deben ceder la palabra a la muchedumbre.

A raíz del plebiscito, de otra parte, la oposición política se ha unido. Quince partidos, entre los cuales se cuentan los grandes adversarios de entonces, han llegado a acuerdos institucionales y socio-económicos que los comprometen a cooperar, más allá de sus naturales discrepancias políticas, en la democracia por construir. El país deja así atrás la fractura política que lo arrojó a la tragedia de 1973. Se ha sabido vencer la inercia de las tradiciones y querellas ideológicas, para alcanzar un entendimiento racional en función de acciones que se orientan al futuro. Esto revela una modernización notable de la política en Chile.

La sociedad chilena se resiste a seguir girando en torno a los fantasmas del pasado; lo que quiere es mirar al porvenir, reencontrarse en la continuidad de la nación. En esta materia, es obvio que el rezago proviene de la derecha, que aparece como una fuerza arcaica que carece de otra apelación que no sea aquella que divide a los chilenos en función del 73; que se fragmenta indefinidamente arrastrada por las pasiones doctrinarias y los caudillismos; que no tiene fe en el futuro, pues no se atreve a renunciar a la protección de los militares.

¿Qué pasará con el plebiscito? Un eventual triunfo del *Sí* podrá bloquear temporalmente a esta multitud que se ha puesto en movimiento, pero no detenerla por mucho tiempo; el triunfo del *No*, por su parte, no haría otra cosa que *hacer visible* esta victoria de la sociedad chilena sobre su pasado.

